

una libreta. En ella “escribe lo que más le agrada; a éste llama *codex excerptorius*, proberviador o cartapacio” (18). De aquí procede la mala connotación del “latín de cartapacio”. En las cartillas se aprendía brevemente a leer y escribir, pues los contratos de índole particular con que se ligaban los maestros y por los ridículos sueldos no daban para mayores profusiones. Quienes fuesen a oír filosofía con posterioridad también necesitaban el latín: con tanta inflación de latines aprender la gramática para seguir las letras en Salamanca —meta ideal— o en cualquier estudio de la Compañía requería de la abnegación y paciencia de un dómine que pudiese sacar buenos gramáticos de sus alumnos, a quienes no siempre acompañaba el aprovecharse de sus estudios. Y todo ello por unos cuantos maravedís de quitación” (19). En la cartilla cuya portada se reproduce se contienen más latines que castellano. Recuérdese que el propio Simón Abril era partidario de la confrontación de dos lenguas para una mayor intelección de aquélla de la que se quiere aprender a estudiar o traducir. Así, por ejemplo, lo expresa en la segunda edición de la traducción de Terencio en el prólogo (20), donde señala las ediciones bilingües que ha publicado o traducido, dando cuenta de su traducción del catecismo de Pío V, “que ya él (es decir, Abril) tiene hecha”. Con esto se evidencia, pues, la conjunción del tema religioso con la enseñanza de las primeras letras, ideal del que es totalmente partidario Simón Abril en la *Instrucción* de la que luego hablaremos (21).

Pero volvamos a aquello de la “invención de las letras estampadas al revés”. Yo imaginaba un folleto o librito de muestras de escrituras, afines a los cuadernillos caligráficos posteriores e imaginaba también a Simón Abril en su vejez preocupado no por los grandes problemas de la filología sino por tales menudencias pueriles, hecho que demostraba en mi opinión que tenía todavía que seguir bregando con muchachuelos de primeras letras antes que imbuirles la lengua del Lacio.

Desistí ya hace años de hacer indagaciones sobre esta noticia dada por el propio autor, más todavía cuando analicé algunas muestras de nuestros calígrafos del XVI y XVII, especialmente de Díaz Morante, libros todos ellos de una rareza excepcional tanto en bibliotecas como en librerías. Me parecía muy difícil que yo pudiera hallar algún ejemplar de la cartilla por mí imaginada de Simón

(18) I. Palmeiro, *El estudioso de aldea*, Valencia, 1568, pg. 131.

(19) L. de Cañigral, *Jerónimo Martín-Caro y Cejudo (1630-1712)*, Madrid, 1981, pg. 77.

(20) P. Simón Abril, *Comedias de Terencio*, Barcelona, 1599, prólogo.

(21) Idéntica actitud por los mismos años es, por ejemplo, la de Lucas Losius en Alemania con su *Cathechesis christianorum grece, una cum examine in eandem grammatico, pro incipientibus Graecae linguae tyronibus*, Francoforti ad Moenum, Chr. Egenolff, 1579, librito de 40 h. con el texto griego y traducción latina. Lucas Losius (1508-1582) fue el más famoso maestro de catecismo y gramática en “Johanneum” de Lüneburg. Aplicó los métodos didácticos de su preceptor Ph. Melancton y es también autor de un *Methodum Grammaticam Graecae*. Compárese también con el Brocense enseñando con el texto del “Magnificat” y los problemas que le acarreó. P. U. González de la Calle, *Francisco Sánchez de las Brozas. Su vida profesional y académica*, Madrid, 1923, pg. 301 y 487, “porque lee la magnífica y otras materias deste jaez”.